

VENUS EN EL ESPEJO

EMILIO LARA

VENUS
EN EL ESPEJO



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: 

Primera edición: abril de 2023

© Emilio Lara, 2023
Autor representado por Silvia Bastos S.L. Agencia Literaria
© de la presente edición: Edhasa, 2023
Diputació, 262, 2^o1^a
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6413-2

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B 4782-2023

Impreso en España

A Juan Eslava Galán.

«Hay libros a los que tarda mucho en llegar la persona destinada a escribirlos».

Antonio Muñoz Molina, *Volver a dónde*

«Nada es parecido al impulso de inocencia original, el principio, la génesis primera de una novela cuando el escritor se acerca a la historia por contar como a alguien de quien acaba de enamorarse».

Arturo Pérez-Reverte, *Hombres buenos*

Capítulo 1

Roma, 7 de enero de 1655

El aire y el cielo eran de color hojalata. Al amanecer un viento frío trajo gotas de agua, como si el mar fuera una presencia cercana. Las marciales pisadas de dos guardias suizos resonaban en los largos corredores del palacio del Quirinal. Los seguían tres cardenales con andares silenciosos, serios. Los jóvenes guardias mantenían un gesto imperturbable bajo los relucientes morriones, y los purpurados exhibían severidad ante lo que, sospechaban, iban a encontrarse.

Comenzó a llover y a tronar con fuerza.

–¿Habrá muerto ya? –preguntó uno de los cardenales, con más curiosidad que preocupación.

El secretario de Estado, Fabio Chigi, enarcó las cejas antes de responder:

–Su alma se le ha ido escapando poco a poco. Ayer le quedaba apenas un suspiro de espíritu dentro del cuerpo. Son muchos días de agonía.

Los mármoles despedían el frío acumulado durante la noche, y las hermosas pinturas al fresco aparecían apagadas en aquella mañana invernal. Los suizos, alabarda al hombro, miraban al frente, mientras que los príncipes de la Iglesia, cabizbajos, dirigían la vista a las losas de tablero de ajedrez del suelo. Gruesas gotas de agua acribillaban los ventanales. Tras los cristales, el viento azotaba los pinos y cedros del Líbano de los jardines. Hubo un zigzag lumino-

so de un relámpago. Pronto, la hierba y los árboles estarían ensopados.

Al llegar a una puerta se detuvieron en seco.

–Si está dentro donna Olimpia –se dirigió a los soldados el secretario de Estado, sin alzar la voz, pero con la determinación de quien está acostumbrado a mandar–, prendedla, registradla sin miramientos y llevadla al cuartel. Luego la interrogaré personalmente.

Los otros dos cardenales cruzaron miradas de increíble satisfacción. Nadie se había atrevido a obrar así con aquella mujer. Ya era hora.

Fabio Chigi giró el picaporte. La puerta estaba cerrada. No llamó con los nudillos. Metió la mano derecha en la abertura lateral de su sotana roja, extrajo una llave, la introdujo en la cerradura y abrió. Allí olía a enfermedad y a aire estancado.

El santo padre estaba inmóvil. En la cama. No había nadie más en el dormitorio.

Permanecía tapado con una manta, vestido con una camisa de dormir.

Entraron los purpurados y el secretario de Estado se acercó al lecho. El Papa, con la nariz afilada, mantenía abiertos los ojos y la boca, en una muesca de pasmo de quien no acaba de creerse que la vida ha caducado. Los tres al unísono se santiguaron, veloces, y Fabio Chigi, impostando una voz solemne, demandó el martillo de plata para semejante ocasión.

Al cabo de unos minutos, varios miembros de la curia irrumpieron en la estancia, acompañando al cardenal que, agobiado por la prisa y la situación, entregó al secretario una cajita de nogal. El ritual debía comenzar. Los religiosos, expectantes y con un punto de emoción, se persignaban maquinalmente, las miradas clavadas en la tez cerúlea del muerto.

Fabio Chigi abrió la caja de madera, deslió un paño de terciopelo rojo y tomó un pequeño martillo de plata. Con la tela de terciopelo frotó vigorosamente el metal hasta dejarlo

reluciente. Empuñó entonces el martillito, dio un suave golpe en la frente del pontífice y, a sabiendas de que la respuesta sería el silencio, preguntó en voz alta:

–¡Giambattista Pamphili, santidad Inocencio X!

Tras repetir dos veces más el ceremonial del golpe en la cabeza y la llamada de viva voz, acercó el oído a la boca del Papa y comprobó que no expulsaba aliento alguno.

–El santo padre ha muerto –dijo finalmente.

Una sucesión de truenos hizo retemblar los cristales. El latín de una oración tuvo como sonido de fondo el ruido de la lluvia.

Fuera de la habitación se agolpaban los miembros de la curia, alertados por la noticia. Tomaban conciencia del dramático momento mientras sus pensamientos corrían veloces en pos de la gloria personal que podían conseguir según quién saliese vestido de blanco en el próximo cónclave. Ponían caras beatíficas y entrelazaban las manos. Uno de ellos era un joven monseñor que aún desconocía que, días después, sería el primero en entrar en el lóbrego almacén de carpintería donde habrían depositado de cualquier manera el cadáver del sumo pontífice, porque nadie quería pagar el entierro, y descubriría, entre asqueado y alarmado, que las ratas roían el cuerpo.

Cuando Fabio Chigi salió, a su alrededor se apiñaron sotanas y caras expectantes. Todos lo miraban con renovado respeto. Cayó en la cuenta de que había entrado en aquella habitación como secretario de Estado y salido también como camarlengo. Ahora era el hombre todopoderoso en los Estados Pontificios hasta la elección del nuevo pontífice, la persona que regiría la organización del Vaticano en el periodo de sede vacante. Pensativo, se mesó la perilla de chivo.

–Decidle al capitán que traiga un piquete –ordenó a los soldados–. La Guardia Suiza escoltará mi carruaje hasta la Piazza Navona. Al palacio Pamphili. ¡Rápido!

Los guardias se cuadraron con un resonar de metales y marcharon con presteza para dar novedades a su superior.

Un grito de alegría mal contenida se escapó de muchos de los allí reunidos. El tiempo de la todopoderosa donna Olimpia, la cuñada de Inocencio X, la papisa en la sombra, por fin había concluido.

La Guardia Suiza se dirigía a detenerla.

Capítulo 2

Viterbo, 1596 - 1600

Era una niña rubia, de piel clara y alegre. No destacaba por su hermosura, sino por su inteligencia y capacidad para disfrutar con las maravillas de la vida: el arcoíris tras la tormenta, las canciones de los días de fiesta o el sabor de las tortas de manteca con ajonjolí y azúcar.

Le gustaba jugar con sus hermanas pequeñas, pero se divertía más junto a su padre, quien, en los paseos por las plazoletas y calles empinadas de Viterbo, le mostraba las casonas y palacios y le contaba historias de sus antiguos moradores, con tanta fantasía y emoción que parecían cuentos de hadas. El hombre, de origen humilde y sueños ampulosos, ponía énfasis al relatarle la gloria pasada del palacio en el que fueron elegidos varios pontífices y donde éstos solían refugiarse en verano para huir de los calores de Roma y de las epidemias. Él la subía a hombros para que divisase mejor el paisaje, y ella, desde aquella altura en la que imaginaba ir a horcajadas de un san Cristóbal, reía y se sentía protegida y colmada de felicidad, porque, al contrario que sus hermanas, no era una niña enmadrada.

Cuando los nublos cubrían el cielo y llovía, le fascinaba el espectáculo de las gárgolas góticas vomitando agua por bocas y picos. Le habían contado que se trataba de crías de dragón convertidas en piedra por santos milagrosos, y en plena tormenta salía corriendo de la casa, cruzaba la calle,

se paraba bajo el alero de un palacio medieval y colocaba las manos bajo el chorro de agua de lluvia que expulsaban aquellos monstruos. No le daban miedo.

–Nunca salgas de casa sola cuando se haga de noche. Y ten cuidado cuando las campanas den la medianoche, pues es la hora de las brujas y los traganiños.

Pero ella tampoco tenía miedo de las historias de brujas, aparecidos y tragaldabas de tierna carne humana.

Los días más calurosos su padre la llevaba a la Fuente de la Peña, un vergel de pinadas, olivares y huertos en las afueras de la ciudad. Allí crecían los zumagues, plantas que los curtidores cortaban para obtener el tinte con el que teñían las pieles. Y en aquel edén padre e hija caminaban agarrados de la mano, y, cuando llovía en abundancia, iban a ver cómo el agua manaba brava por el Ojo del Buey para luego caer ruidosa entre los riscos.

Su hermano mayor le llevaba diez años. Era fruto del primer matrimonio de su padre con una mujer pobre que había muerto de fiebre puerperal al dar a luz. Era un muchacho de pocas luces y nulo interés por labrarse un porvenir, y sólo se desvivía por hacer la ronda nocturna por las tabernas.

Como el padre tenía buen oído, al volver del trabajo se colgaba al cuello un tambor, se ponía en los labios una flauta, se colocaba delante de la jaula del canario y comenzaba a tocar una tonada y a repicar, y el pájaro, enloquecido, comenzaba a silbar. Mientras, la niña, divertida, batía palmas, lo que animaba al canario a encadenar escalas de silbidos. Los tres componían una música de juguetes ideal para que empezasen a bailar por sí mismas aquellas muñecas que la pequeña rechazaba y sus hermanas acunaban, amorosas.

Una tarde de primavera llegó a la ciudad un mercader veneciano que exhibía un surtido muestrario de telas adamascadas, vajillas de cristal de Murano y aves exóticas. La

niña, boquiabierta, miraba los plumajes de colorines de aquellos pájaros de ensueño nacidos en países lejanos, y recibió alborozada el regalo de su padre: un loro que pronto aprendió a cantar canciones de amor, a recitar de seguido los nombres de los arcángeles y a decir la tabla del cinco hacia delante y hacia atrás, sin equivocarse. Ella era quien, con paciencia, enseñaba al animal a multiplicar, y lo recompensaba con puñados de pipas de calabaza, que el pájaro parlanchín pelaba con maña y velocidad con el pico, y se las comía, goloso.

Al cabo del tiempo, el padre decidió que sus hijas debían recibir una educación adecuada y, sin pensárselo mucho, las llevó a la escuela del cercano convento de Santo Domingo, porque la abadesa, Giulia Gualtieri, era cuñada suya. Ésta, de carácter apacible, decidió no ejercer de superiora, sino de tía, y eligió para sus sobrinas unas monjas de buen carácter que les enseñasen a leer y escribir sin recurrir a castigos corporales ni vejaciones, como era norma, sobre todo con las alumnas de familia humilde, así fuesen inteligentes o cortas de entendederas.

Las dos pequeñas estudiaban a trompicones, pues además de no mostrar excesivo interés por el estudio –salvo por la historia sagrada–, se conformaban con poco. La mayor, en cambio, era tan espabilada que sorprendía a sus maestras: aprendía a una velocidad vertiginosa, escribía con letra bonita, memorizaba las cosas con prontitud y tenía tal facilidad para las matemáticas que hacía los cálculos en el aire, sin necesidad de pizarrín.

Pero lo que más le gustaba era que el padre la dejara acompañarlo a su oficina de recaudador de impuestos. Allí le mostraba los libros de contabilidad, y la niña, a pesar de su corta edad, indicaba fallos en algunas sumas y pequeños errores en el montante de ingresos, lo que Sforza Maidalchini celebraba, alabando la mente analítica de la chiquilla

y haciéndose en voz alta la pregunta retórica: «¿Pero a quién habrá salido esta pequeñaja?». Entonces, su hija, entre carcajadas, lo señalaba orgullosa con el dedo: «¡A ti! ¡He salido a ti!».

Y así pasaron las estaciones. Los agricultores vendimaban, los mercaderes hacían negocios y las autoridades, contentas con el puntilloso trabajo de Moidalchini y su creciente recaudación tributaria, le concedían más atribuciones y extendían su jurisdicción fiscal. Y él, satisfecho con su promoción profesional y vanagloriado por el saludable crecimiento de sus hijas, se sentía henchido de felicidad. Y su mayor gloria era cuando la mayor, su ojito derecho, le escuchaba contar viejas historias de gentilhombres y papas que vivieron en Viterbo, aplaudía sus conciertos de flauta y tambor, y repasaban juntos la intrincada contabilidad de los gruesos libros de impuestos para detectar anomalías.

«Olimpia», pensaba, «es una muchacha especial».

Nadie sospechaba que aquel cuento de hadas, tiempo después, se transformaría en un cuento de terror.

Capítulo 3

Viterbo, otoño de 1607

Los años truncaron los planes de Sforza Moidalchini. Cuando se vio forzado a elegir entre sus hijas o su hijo, tuvo clara su preferencia.

Sucedió en otoño. Sus ingresos mermaban. La racha de malas cosechas y el continuado descenso de la actividad mercantil habían desinflado la recaudación. La economía familiar se resentía, y el porvenir esplendoroso pergeñado años atrás devenía ahora en un espejismo. Ya no era posible componer buenos casamientos para sus hijas; encontrarles un buen marido exigía entregar a cambio una generosa dote, y su orgullo le impedía buscar matrimonios con hombres de humilde condición, aunque los propiciase el enamoramiento. El amor, en su opinión, nunca era una ganancia, sino una pesada deuda en el negocio de la vida.

Concluyó que la única solución sensata era concentrar el patrimonio familiar en su hijo, conseguirle una esposa de familia rica. El varón, se dijo, tenía preeminencia sobre las hembras. No sólo era ley vigente, sino ley de vida. Su hijo daría continuidad al apellido. Las hijas deberían meterse a monjas.

Caía un atardecer de noviembre cuando les comunicó su decisión. El primogénito, enterado de la noticia horas antes, no se dignó a presenciar la reacción de sus hermanas, sino que, acuciado por la sed de vino, se largó con sus ami-

gachos a su diario vía crucis, como él llamaba jocosamente a sus juergas tabernarias.

Desprovisto de todo sentimentalismo, de pie y con el codo apoyado en la repisa de la chimenea, Sforza Maidalchini expuso su resolución con la frialdad propia de su oficio, como si todo fuese producto de la aritmética.

La habitación, caldeada por el tronco que ardía en el hogar, se tornó fría. La esposa, sentada en un sillón frailuno, con las manos en el regazo y nerviosa, recorría la estancia con la mirada; parecía inventariar con sus pupilas todos los objetos: el aparador toscano con vajilla de loza, la mesa de comedor con un candelabro de bronce dorado, las sillas de pino con respaldo de cuero repujado, la alfombra de nudos...

Las jóvenes reaccionaron de manera desigual. Hortensia, de trece años, y Vittoria, de doce, aceptaron de buen grado la decisión paterna. Siempre les habían gustado el catecismo y las tremendas hagiografías que les enseñaron las monjas de Santo Domingo cuando, de pequeñas, aprendieron a leer y escribir y las cuatro reglas. Ingresar allí como novicias, en un lugar tan familiar –a fin de cuentas su tía era la abadesa–, les parecía bien, y, como aún no habían sentido el aguijonazo del amor, no echaban de menos lo desconocido.

Olimpia, en cambio, escuchó aquellas palabras sin reconocer el tono de ténpano de un padre que siempre la había tratado con ternura. Luego, se revolvió furiosa contra lo que significaba cancelar su porvenir, desconcertada, tratando de encontrar alguna lógica a la pretensión de recluirla en una celda conventual.

–No puedo creerlo... ¡Yo no tengo vocación de monja!

–Eso no importa –respondió el padre, impertérrito–. El convento os garantiza el futuro. Nos os faltará de nada. El roce hace el cariño. Ya te sobrevendrá la vocación y estarás a gusto entre las monjas.

–¡Siempre he confiado en usted, padre! ¡He sido estu-
diosa, aplicada, nunca le he faltado al respeto! –protestó, ai-
rada–. ¡No me lo merezco!

–Ahora rezarás por mí, y por tu madre. Las oraciones
de las tres hermanas serán más fácilmente escuchadas por
Dios. La familia tendrá comunicación directa con Nuestro
Señor. Yo lo veo como una bendición del cielo –expuso, sin
asomo de ironía.

–Pues yo lo veo como una imposición y una injusticia.

–¡No seas descarada! –Sus ojos echaban chispas, como
las que saltaban de la chimenea al arder los troncos.

–¡No quiero vivir encarcelada tras unas rejas y cuatro
paredes!

–Santo Domingo tiene huertas. Podrás pasear en plena
naturaleza. Te sentirás libre. Podrás respirar aire puro.

–¿Es que acaso no cuenta nada lo que yo quiera?

–No, no cuenta. Es mi voluntad. Has de acatarla por el
bien de la familia. No deseo más que el beneficio para todos
–concluyó, como un juez que endulza su sentencia con pa-
labras amables.

–¿Y usted, madre, no tiene nada que decir? ¿Está con-
forme? ¡Ayúdenos! –Olimpia se dirigió a ella suplicando, es-
perando comprensión.

–Yo... Tu padre sabe lo que más os conviene. –La mu-
jer humilló la mirada.

–¡Pero nosotras somos sangre de su sangre, madre!
¡Reaccione, diga algo!

Vittoria Gualterio no levantó la vista del enlosado ni
despegó los labios.

–Vuestra madre está de acuerdo conmigo. Cuanto an-
tes os desposéis con Dios, mejor. Mañana ingresaréis en el
convento –apostilló, zanjando el asunto.

El cielo se ennegreció, y comenzaron a parpadear los
luceros. Se hizo un silencio opresivo en la habitación.

* * *

Olimpia pasó la noche en vela, rumiando su rabia; con los ojos humedecidos no por la tristeza, sino por el desengaño.

No le parecía justo que todo el capital familiar se concentrara en buscar una esposa adinerada a su hermano que a sus veintiséis años no había mostrado capacidad para ningún oficio, salvo para el de borracho.

A la luz de una vela, rodeada de sombras, semejaba un cuadro tenebrista. El hervor de la sangre le aceleraba el corazón y le ofuscaba la cabeza. Nada había llegado a sospechar de tan cegada como había estado por el amor y la admiración hacia su padre. Ensimismada, dejó transcurrir las horas mientras se consumía la cera. Quieta como una estatua, sentada en el borde de la cama, sus ojos no miraban el pabilo amarillo, sino hacia dentro, hacia su alma, y al igual que los labradores quitaban las malas hierbas, se afanó en arrancar los recuerdos tiernos hacia su padre. Al amanecer, cuando en la palmatoria sólo quedaba un churrete de cera y la luz gris se adivinaba tras la ventana, respiró hondo y se puso en pie. El rencor había enraizado en su corazón.

Ojerosa por la noche de imaginaria, se hizo el firme propósito de no confiar más que en sí misma el resto de su vida.

Capítulo 4

Viterbo, otoño de 1607 - primavera de 1608

El tiempo en el convento transcurría con la lentitud de los bueyes arando. Las monjas troceaban los días en función de los rezos y cánticos, marcados por el repique de campanas, el toque de las esquilas desde que rompía el alba hasta el ocaso. El aroma a incienso, a cera derretida y a madera antigua de los retablos eran los olores cotidianos.

Las dos menores se aclimataron pronto a los pautados ritmos, a las reglas de la clausura y a la estrecha convivencia con las monjas, sobre todo con quienes todavía retenían el vigor y la alegría de la juventud. Hortensia y Vittoria, que se veían guapas con sus hábitos blancos, asistían con emoción a las ceremonias de consagración donde las novicias, tendidas de bruces en el frío suelo de la capilla como fantasmas buenos, hacían la promesa de votos perpetuos de castidad. Y, como rezaban con rosarios de cuentas de rosal, se les quedaba en las manos un vago perfume a flores marchitas.

No así Olimpia, desorientada las primeras semanas, perdida en un laberinto emocional, incapaz de zafarse del trauma. Para ella los días transcurrían con desesperante lentitud, y aquella monotonía de cánticos, rezos y silencios le producía la sensación de que jamás habría novedad alguna en su vida. El agobio la azotaba; pensaba que la reclusión en el convento era una cárcel del tiempo.

–Debemos aceptar lo que ha dispuesto padre para nosotras –decía una de las hermanas.

–¿Por qué? Él no es el amo y señor de nuestras vidas –respondía Olimpia.

–Somos mujeres. Hemos de ser dóciles.

–Querrás decir esclavas. Eso es lo que padre ha querido que seamos. ¡Esclavas de su voluntad! –contestaba Olimpia, iracunda.

Algunas otras novicias también recluidas contra su voluntad se mostraban tristes, lo que causaba placer entre algunas monjas de mediana edad que, marchitadas en vida, descargaban su resentimiento contra las más jóvenes con comentarios hirientes, indiferencia de trato y miradas atravesadas.

Una de ellas, sor Margherita, caballuna de cuerpo y endurecida de corazón, sobresalía en proyectar su rencor sobre las novicias. Tenía la mirada adiestrada en captar su miedo y su debilidad. Debía haber sido muy agraciada en la lejana juventud, y perder la belleza y la mocedad en el convento la habían convertido en una mujer amargada. Instruía a las niñas en la escuela, y con sus manazas abofeteaba del derecho y del revés a las más torpes. Desde el primer momento en que la vio, la tomó con Olimpiao, desesperada por la infrecuente fortaleza de carácter y rebeldía que intuía en la joven. Cuando se topaba con ella en los pasillos la mortificaba diciéndole en voz baja: «Abandona toda esperanza, despídete de tu juventud»; si la veía bajo los arcos apuntados del claustro le espetaba: «Te transformarás en una vieja avinagrada», y a veces se sentaba adrede junto a ella en el refectorio y le musitaba al oído: «No conocerás varón ni tendrás hijos», para que la sopa le supiese a hiel. Y Olimpia, si bien no hacía por evitarla, no le respondía y se limitaba a sostenerle la mirada, aunque su corazón sufría con tan venenosas palabras.

Sforza Moidalchini, enterado de la casual presencia de un pintor español especializado en retratos de religiosas, le encargó pintar a sus hijas una vez que se consagrasen como religiosas. El pintor, recién llegado de las Indias Occidentales, había residido varios años en el virreinato de Nueva España y recorrido los monasterios pintando óleos al gusto de la tierra americana, donde las monjitas aparecían coronadas como reinas en un carnaval místico.

Tras realizar dos bocetos al carboncillo de los rostros de Hortensia y Vittoria, les preguntó cómo anhelaban ser retratadas.

Una escogió aparecer con una corona de rosas blancas, emblema de pureza; la otra, rodeada de mariposas revoloteando, símbolo de la resurrección de Cristo, y ambas concordaron en sostener una imagen del Niño de la Pasión, aquella escultura de madera de gran realismo donde el niño Jesús anticipaba su muerte y, coronado de espinas, abrazaba una cruz y, mostrando en sus manitas las llagas de los clavos, lloraba a lágrima viva al presentir el Viernes Santo. Las monjas que aún albergaban cierto instinto de maternidad se emocionaban al contemplar tal imagen y, apenadas, se enjugaban las lágrimas al ver sufrir con desconsuelo al Niño Dios, en lugar de estar jugando con caballitos de madera en la carpintería de san José.

Olimpia se negó a posar.

—Soy como soy. No envidio la guapura ni de mis hermanas ni de otras mujeres. Sencillamente, no deseo verme dibujada como una monja cubierta de flores y estúpidos colibríes flotando alrededor.

Por el contrario, necesitaba sentirse útil y mantener un cordón umbilical con el mundo exterior, y propuso a su tía la abadesa repasar la contabilidad del convento. Santo Domingo poseía huertos, viñedos, olivares y tierras que producían abundante trigo, y, en opinión de la muchacha, los arren-

datarios –por inclinación natural– seguro que trampearían para entregar menos cosecha de lo pactado y cabía suponer que las cuentas conventuales no estarían bien llevadas.

La abadesa sonrió con beatitud, meneó la cabeza y respondió con una cordial negativa a la racional propuesta de su sobrina:

–Los libros de cuentas, la economía, no son cosa de mujeres, y menos de una novicia. Deja esos asuntos en manos de los administradores, de los hombres. Tú, querida niña –dulcificó la voz–, dedícate a rezar y a disfrutar de la espera hasta que te desposes con Nuestro Señor Jesucristo. ¿No ves cómo tus hermanas obedecen en todo y no rechistan nada?

–Yo no soy como ellas.

–Aquí todas somos iguales a ojos de Dios.

–No pedí profesar como monja. Fue mi padre quien decidió por mí.

–Tu padre sabe lo que te conviene. Incluso mejor que tú misma. Has de aprender a aceptar los designios del Señor.

Pero el pasar del tiempo acrecentaba la sensación de destierro, de haber sido expulsada del paraíso en el que creyó vivir y arrojada a un lugar de muros altos, capillas enrejadas y mujeres de tez lechosa vestidas con hábito. Paradójicamente, el convento estaba a un tiro de piedra de su casa, y el sentimiento de ser una exiliada de sí misma no cejaba: ni quería seguir allí ni deseaba retornar a una vida anterior que ya no existía.

–Aquí pasan los días, pero no pasa el tiempo –les decía a sus hermanas.

–¿Qué quieres decir? No te entendemos –le respondían ambas.

Por la noche, al meterse en el camastro, lloraba en silencio, empapando la manta de lana basta, hasta que se quedaba dormida. Uno a uno, enlazaba pensamientos de odio hacia sus padres: a su progenitor, por haberla metido en la

clausura; a su madre, por no mover un dedo para evitarlo. Soñaba vivir libre, sin depender de nadie, sin que le dictasen las normas.

La vida tan estrictamente reglamentada del convento la ayudó a robustecer su fuerza de voluntad. Permanecía encaustrada en sus pensamientos desde el rezo de maitines hasta el oficio de vísperas, y en el refectorio, durante la comida y la cena, aprovechaba el silencio reinante no para meditar acerca de las lecturas piadosas que le llegaban como un eco, sino para pergeñar un plan de fuga.

Lo único que no le desagradaba era el trabajo en el huerto, sobre todo en el plantío donde crecían las hierbas medicinales para la farmacia del convento. El herbolario estaba bien surtido de plantas para tratar los ataques de nerviosismo y las crisis de histeria, y se cultivaban en abundancia el espino blanco, la pasiflora, la valeriana, la melisa y la tila. También mientras escarbaba la tierra con el escardillo maquinaba cómo escapar.

Al fin llegó la primavera, los almendros reventaron de flores, los paños morados recubrieron las imágenes durante la Cuaresma y, tras la imposición de la ceniza, con la frente manchada del polvo en el que habría de convertirse, Olimpia supo cómo abandonar la clausura, cómo escapar de aquel lugar donde pasaban los días pero no el tiempo.

Y se puso a ello.